

Después del bonapartismo

Vicisitudes históricas de un concepto político

José Fernández Vega*

Escrito entre diciembre de 1851 y marzo de 1852 y aparecido por primera vez ese mismo año en la revista **Die Revolution** de Nueva York, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte** (en adelante **El Dieciocho Brumario**) es una de las obras centrales del legado político de Karl Marx. Como recuerda Horacio Tarcus en su introducción a la nueva edición argentina del libro, la editorial socialista Claridad de Buenos Aires imprimió la primera traducción castellana en 1934.¹ Un año después apareció otra realizada en Madrid a la que, décadas más tarde, le siguieron distintas versiones editadas en Barcelona o en aquella capital.²

A una distancia de unas nueve décadas de las primeras publicaciones de este clásico de Marx en español, la situación editorial y geográfica casi parece repetirse (aunque sin

tragedia ni farsa), porque esta vez la edición aparecida en Buenos Aires se superpone en el tiempo con otra publicada en Madrid editada, prologada y traducida por Clara Ramas San Miguel.³ Esta duplicación de esfuerzos anima a imaginar una posible convergencia de intereses.

¿Qué cuestiones pudieron impulsar a estos acercamientos al texto de Marx desde dos extremos del Atlántico y a partir de contextos políticos en apariencia tan distintos? Pese a las peculiaridades nacionales, la crisis de la política es una condición común de las actuales democracias liberales. Y en un mundo global, las reacciones ante esa crisis y a las situaciones sociales que la acompañan u originan, muestran puntos de contacto al menos formales.

La descomposición del sistema de partidos tradicionales, el declive de la función de los parlamentos, el ascenso de formaciones de extrema derecha, la trivialización del debate público, el envilecimiento de los medios de comunicación, la desorientación de los militantes y el distanciamiento respecto del escenario político de amplias franjas de la población son apenas algunos aspectos de un contexto general vigente en muchos países, por distintos que sean entre sí.

El entorno social que acompaña este panorama no es menos alarmante. Las clases subalternas se empobrecen, los puestos de trabajo sufren una precariedad creciente, los salarios se deprimen y las perspectivas de futuro, de los sectores jóvenes en especial, solo se opacan. A este panorama desconsolador se le agrega la perspectiva de un apocalipsis climático, por no mencionar el nuclear activado por la terrible guerra en curso en Ucrania.

Si bien nuestra época dejó en suspenso el entusiasmo y la confianza en la acción revolucionaria de la clase trabajadora que animaba a Marx, ella puso otra vez en evidencia, pero

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad de Buenos Aires. <https://orcid.org/0000-0002-6>

1 Horacio Tarcus, "Imaginario de la revolución. Una invitación a la lectura de **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**", en Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, p. 31, p. 47 (N. B.: todas las citas que siguen en este artículo fueron tomadas de esta traducción, mencionada en adelante como **El Dieciocho Brumario**, realizada por el Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS y revisada por Tarcus, quien también le añadió notas, y Luciano Padilla López). Sólo un año más tarde, y en un clima de guerra civil (fue reeditada en 1937) apareció en España la versión de Wenceslao Roces en la editorial Europa-América, de Madrid y Barcelona. Roces, el más notorio de todos los primeros traductores de Marx, volcó a nuestro idioma otras obras de este autor a lo largo del tiempo y desde su exilio mexicano, **El capital** entre ellas. Todas las traducciones aludidas en este artículo toman el texto de la segunda edición del libro de Marx aparecida en Hamburgo en 1869 y para la que su autor escribió un prólogo, excepto la de Clara Ramos, referida más abajo, que tomó como fuente la primera edición fijada en la *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA I/11 *Werke, Artikel, Entwürfe Juli 1951 bis Dezember 1852*, Berlin, Dietz, 1985) e indicó las variantes que introdujo el autor en la segunda. En su "Nota a la presente edición" Ramos aclara que la mayoría de las ediciones, fuera de la de Chuliá citada aquí en la nota que sigue, tomaron como fuente el texto de las *Marx Engels Werke* (MEW).

2 Por ejemplo, la de O. P. Safont publicada en 1968 por Ariel en Barcelona, o la de Elisa Chuliá de 2003, que escribió una introducción y la anotó para Alianza Editorial de Madrid. Sólo por mencionar otra, intermedia en el tiempo entre las dos mencionadas (y sin ánimo de presentar una lista exhaustiva), la de casa Espasa Calpe de Madrid fechada en 1985 (editada junto con **La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850**) en traducción de A. S. Cuper y con un estudio preliminar de Ramón García Cotarelo. Tanto éste (emérito) como Chuliá son profesores de la UNED de Madrid. Fue imposible encontrar referencias sobre Safont o Cuper en las bases de datos consultadas (Google, catálogos del CeDInCI y de la Biblioteca Nacional de España); cabe especular si se trata de seudónimos.

3 Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, Madrid, Akal, 2023, edición de Clara Ramas San Miguel. Ramas también incluye en el volumen otros materiales complementarios como la carta de Engels a Marx del 3 de diciembre de 1851, que anticipa análisis del libro de Marx así como la famosa idea de Hegel que lo encabeza. También añade su traducción del "Prólogo a la tercera edición (1885) de Engels y tres artículos de éste, originalmente en inglés, destinados a la publicación **Notes to the People** de 1852. Por último, Ramas comenta asimismo otras ediciones del libro de Marx que completan las señaladas aquí en las notas previas y las que enumera Tarcus en su ensayo introductorio.



de forma novedosa, la combinación de demagogia, crisis institucional y represión en el ejercicio del poder estatal que describió en su libro. Además, las tensiones existentes entre la burguesía y sus degradados representantes políticos delinear un cierto aspecto característico de nuestro tiempo y este es otro de los temas que Marx aborda. Por esas y muchas otras cuestiones, **El Dieciocho Brumario** merece una revisita y acaso haya sido uno de los motivos políticos de fondo que explica la convergencia de las nuevas ediciones en castellano aparecidas en 2023.

Los lectores en español de Marx se encuentran ante dos contribuciones complementarias puesto que cada una resalta una dimensión distinta. La de Ramas brinda encuadres teóricos añadiendo comentarios políticos generales y constituye el más refinado trabajo erudito sobre **El Dieciocho Brumario** producido en nuestro idioma; la de Tarcus, plena de rastreos bibliográficos y discusiones sobre diferentes momentos del pasado, puede considerarse como el mayor esfuerzo de actualización política disponible en castellano sobre esa obra.

Historiador y analista: paradojas

Se suele destacar a **El Dieciocho Brumario** como la obra histórica más extraordinaria de Marx. En realidad, el libro es rico en sugerencias y postulados sobre filosofía de la historia y por supuesto registra y narra hechos históricos, pero se podría considerar asimismo como el resultado de una labor analítica sobre su actualidad con una constante referencia a la genealogía de los sucesos. Vale decir que se trata de la vez de una historia o crónica del presente salpicada de comentarios historiográficos y metodológicos. Estas son algunas de las muchas singularidades de este conciso y elocuente texto cuyo autor tenía treinta y tres años.

La redacción del libro, de hecho, coincidió con el inicio de la década más prolífica de producción de artículos periodísticos por parte de Marx. Con esas contribuciones, muchas de ellas aparecidas en la prensa estadounidense, buscaba hacerse un lugar entre los observadores políticos de su tiempo pero también intentaba, la mayor parte de las veces sin resultados, hallar una fuente de sustento para las urgencias materiales de su familia.⁴

4 Spencer A. Leonard, "Introduction: 1848 and the Consolidation of Marx and Engels' Marxism", en Karl Marx y Friedrich Engels, **Marx and Engels on Bonapartism. Selected Journalism, 1851-1859**, Lanham (Maryland), Lexington Books, 2023, edited by Spencer A. Leonard. Según Leonard, "Marx y Engels publicaron cerca de quinientos artículos sólo en el *New York Tribune*, de los cuales un cuarto eran de Engels. Aproximadamente uno de cada cinco artículos que enviaron fueron rechazados por los editores del diario. Estos artículos se perdieron (...) Aunque Marx escribió sus contribuciones periodísticas mayormente en inglés, escribió en alemán para la publicación de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes basada en Londres, *Das Volk*, la

El arco temporal que abarcan los eventos expuestos en **El Dieciocho Brumario** corren en paralelo a la propia evolución política y teórica de su autor. La trayectoria cronológica resulta reveladora. La distancia que media entre las fechas de publicación de el **Manifiesto Comunista** y de **El Dieciocho Brumario** es casi la misma que la que marca el inicio y el final de período examinado por Marx en esta última obra: 1848-1852. En vísperas de la oleada revolucionaria europea de 1848 había publicado junto con su amigo Friedrich Engels el mayor texto revolucionario del siglo XIX. El género político-literario que eligieron, el del manifiesto, llegó a una cumbre moderna con su obra; su incandescente prosa fue ponderada por comentaristas tan diversos como Isaiah Berlin y Umberto Eco, por mencionar apenas a estos dos.⁵ Pero allí se plantean asimismo algunos postulados que en **El Dieciocho Brumario** serán sometidos por Marx a una tácita revisión sugerida tanto por el propio desarrollo de los acontecimientos como por un refinamiento de su mirada. Podemos entonces considerar que su desarrollo intelectual se sobreimprime en el transcurso de un período de la historia nacional francesa y mundial.

En su relato de 1852 Marx no sólo se remonta a los orígenes revolucionarios de los hechos ocurridos cuatro años antes y desplegados desde entonces. También opera un ajuste teórico en el enfoque teórico que sostenía en 1848. Vale decir que en el **Manifiesto Comunista** se habían planteado una serie de tesis que en **El Dieciocho Brumario** sufrirán ciertas modulaciones. La más famosa de aquellas ideas quedó plasmada en el *incipit* de la primera parte: "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases". Marx y Engels entendían que el enfrentamiento era entre las clases fundamentales de la sociedad, "burgueses y proletarios" tal como se lee en el título mismo de esta sección de la obra.

El relato de **El Dieciocho Brumario** se referencia, por cierto, en el levantamiento obrero de febrero de 1848 que llevó a la caída del primer ministro François Guizot y, tres días después, a la abdicación y huida del rey de la casa Borbón, Luis Felipe de Orleans. Los trabajadores lograron la apertura de unos Talleres Nacionales que aseguraban un puesto a los desocupados. En mayo irrumpieron en la Asamblea Nacional

Neue Oder Zeitung de Breslau y el periódico liberal vienés **Die Presse**. De estos tres, la mayor parte de las contribuciones de Marx fueron para **Neue Oder Zeitung**, cuyo total sumó más de trescientos artículos solo en 1855". La edición semanal del **Tribune** tenía mayor circulación que cualquier otro periódico del mundo, señala Leonard (si bien su edición diaria era superada por otros diarios estadounidenses). Desde sus páginas Marx se hizo un renombre como analista internacional; algunos de sus artículos eran reproducidos después por la prensa en lengua alemana que se editaba en EE. UU. Pero el **Tribune** no le pagaba lo suficiente, añade Leonard, y muchas veces se publicaron sus artículos sin firma o como si se tratara de notas editoriales.

5 Karl Marx y Friedrich Engels, **Manifiesto comunista**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, trad. del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS, revisada para esta edición. Tarcus se encargó de las notas críticas incluidas en el texto.

e instalaron a sus propios representantes. Un mes más tarde estalló una revuelta en las calles a la que Marx calificó como "el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas".⁶ Ella originó una sangrienta represión militar extendida durante cuatro días. Dejó miles de víctimas y consiguió aplastar al movimiento; poco después se cerraron los Talleres y unos cien mil trabajadores quedaron en la calle.⁷

A partir de ese momento, y durante en todo el período que estudia Marx, la clase trabajadora siguió siendo un actor, y sobre todo un motivo de preocupación y temor para todo el espectro político burgués —desde los radicales a los más reaccionarios—, pero había quedado postrada por la derrota de junio y en los años sucesivos nunca logró recuperar plenamente su iniciativa política.⁸ Permaneció bajo la superficie, trabajando la historia como un topo, según la famosa metáfora de **El Dieciocho Brumario** inspirada en Shakespeare.⁹

El relato de Marx, con episódicas excepciones, se concentra por tanto en las muchas y variadas tensiones *dentro* de la burguesía y las que ésta mantuvo con sus representantes parlamentarios, vale decir, en la lucha *intraclásista*. Este es un aspecto muy significativo de su análisis y especialmente relevante para los intentos de aclaración de nuestro presente. Pero es verdad que enfrentar al proletariado constituyó el único punto de unidad ostensible de las diversas facciones burguesas que combatían entre sí por la hegemonía del proceso político y acapararon la escena durante todo un período.

6 Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, I, p. 73.

7 "La confrontación crucial no fue la de París en febrero, sino la de París en junio, cuando los trabajadores, manipulados para que pareciera una insurrección aparte, fueron derrotados y asesinados en masa. Lucharon y murieron cruentamente. Alrededor de 1500 cayeron en las luchas callejeras; los dos tercios de dicha cantidad pertenecían al bando gubernamental. La ferocidad del odio de los ricos hacia los pobres queda reflejado en el hecho de que después de la derrota fueron asesinados unos 3000 más, en tanto que eran detenidos 12000 para ser deportados casi todos a los campos de concentración argelinos". Eric Hobsbawm, **La era del capital, 1848-1875**, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 29. En febrero, aclara Hobsbawm, cayeron 360 víctimas. Marx hace referencia a los confinamientos a las colonias francesas, no sólo africanas, sino también caribeñas. Es la única referencia a las colonias en el libro.

8 "En 1848-1849, pues, los liberales moderados hicieron dos importantes descubrimientos en la Europa occidental: que la revolución era peligrosa y que algunas de sus demandas sustanciales (especialmente económicas) podían satisfacerse sin ella. La burguesía dejaba de ser una fuerza revolucionaria" Podría agregarse: tal como había afirmado el **Manifiesto Comunista** justo antes de ese proceso. Eric Hobsbawm, **La era del capital...** *op. cit.*, p. 32.

9 Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, VII, p. 186. La figura del topo también había sido aprovechada por Hegel en sus **Lecciones de la historia de la filosofía**, otra fuente posible para Marx, según advierte Ramas. Clara Ramas San Miguel, "Introducción" a Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, *op. cit.*, p. 71 y n. 82.

¿Internacionalismo?

Otra diferencia interesante entre el **Manifiesto Comunista** y **El Dieciocho Brumario** es el tópico del internacionalismo; vibrante y enfático en el primero, apenas visible en el segundo. En efecto, en este último los acontecimientos narrados tienen como epicentro la escena francesa o, se debería decir más bien, la ciudad de París.¹⁰ El resto del territorio apenas aparece mencionado; por no hablar de otros países europeos. En ellos, y por motivos inexplicables hasta hoy, la revolución de 1848 se había propagado como fuego en un campo reseco. Iniciadas antes en Palermo que en París, las conmociones revolucionarias abarcaron muchas de las principales ciudades de Europa. Sus reverberaciones se sintieron incluso más allá del continente y afectaron localidades americanas como Pernambuco.¹¹

La rebelión tenía la apariencia de una revolución mundial como aquella con la que soñaba el **Manifiesto Comunista** a comienzos de ese año, apenas unas semanas antes de que estallara. Fue, como afirma Hobsbawm, una explosión social como ninguna otra. Se extendió con una aceleración inédita por un amplio ámbito geográfico. Estuvo protagonizada por los trabajadores pobres, pero se consumió con la misma velocidad con la que se originó.¹²

Las mujeres jugaron un papel de primer orden en las barricadas, lucharon y murieron en ellas, aunque apenas fueron tenidas en cuenta por sus camaradas masculinos a la hora de decidir. Tampoco los esclavos coloniales se beneficiaron de las llamadas a la igualdad y a la abolición. Continuaron, de una manera u otra, bajo la férula de sus amos; libres ahora, pero en todo caso sin lograr la emancipación. Los últimos esclavos europeos, sin embargo, fueron liberados en la actual Rumania gracias a los acontecimientos de 1848.

Una herencia significativa de esas conmociones fue que la cuestión social pasó a ser parte de la agenda política y una preocupación para las clases dominantes que hasta entonces simplemente la ignoraban. Otro asunto relevante fue el surgimiento del nacionalismo en todas partes, algo que el **Manifiesto Comunista** no logró imaginar. En cierto modo, según afirma Christofer Clark, las revoluciones de 1848 podrían prefigurar las que afrontaríamos en el futuro:

10 Aunque se debe señalar que, como recuerda Mike Davies, "El socialismo en diversas variantes era, sin duda, más fuerte en París que en ningún otro lugar del mundo: en 1851, por ejemplo, había en la ciudad casi doscientas 'asociaciones de trabajadores de inspiración socialista'. La izquierda, no obstante, estaba impregnada de una cultura cosmopolita, pero preindustrial, de trabajo artesanal, que constituía un continuo jacobino con la pequeña burguesía democrático-republicana", Mike Davies, "La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848", en **New Left Review**, n° 93, Londres, Julio-Agosto de 2015, p. 65. Disponible en <https://newleftreview.es/issues/93>

11 Eric Hobsbawm, **La era del capital, 1848-1875**, *op. cit.*, p. 22.

12 *Ibidem*, p. 27.

"pobremente planificadas, dispersas, aisladas, debatiéndose en contradicciones".¹³

De su lado, **El Dieciocho Brumario** hace rápidas comparaciones económicas entre Francia e Inglaterra —la crisis industrial a un lado del Canal de la Mancha, la comercial en la otra orilla—, pero son apenas menciones contextuales. Esas exiguas acotaciones deberían invitar a la reflexión a quienes siguen considerando a Marx como un reduccionista económico.¹⁴ Las menciones a la economía nacional o comparativa acaban en esas someras referencias, si bien es cierto que el análisis de clase guía la interpretación de los muy cambiantes acontecimientos que se reseñan.

En su libro, Marx hace una mención *en passant* a la expedición armada que Luis Bonaparte envió para acabar con la república romana proclamada en febrero de 1849, producto de una segunda oleada revolucionaria que afectó también, como la primera, a buena parte de Europa. Esa república suprimió la influencia católica en la educación, la discriminación de los judíos, la censura y la pena de muerte. El Papa tuvo que escapar hacia la borbónica Nápoles en noviembre y Bonaparte corrió en su apoyo puesto que se ilusionaba, asegura Marx, que en su futura investidura imperial el Papa Pío IX oficiaría la solemne ceremonia de coronación (siguiendo así los pasos de su tío Napoleón). Las tropas francesas aplastaron esa nueva república. Pero las referencias internacionales de Marx no van más allá de estos episodios.

Con todo, la focalización objetiva de **El Dieciocho Brumario** en un escenario nacional (incluso en una ciudad, si bien capital de las grandes revoluciones del largo siglo XIX) merece una compensación por el lado subjetivo, autoral (y editorial). Porque Marx era un alemán refugiado en Londres que escribía en su idioma sobre acontecimientos franceses basándose en artículos muy detallados de la prensa inglesa y acabó publicando su obra en una revista de exiliados alemanes en Nueva York, una ciudad que congregaba por entonces la mayor concentración de germanohablantes después de Berlín y Viena.

En la peor de las miserias, Marx había sido estimulado desde la otra orilla del océano por su amigo Joseph Weydemayer

para producir artículos cuyos plazos de entrega nunca podía cumplir. Apenas unos pocos ejemplares del número especial de **Die Revolution** que contenía la primera versión de **El Dieciocho Brumario** consiguieron llegar a Alemania. Allí sólo logró difundirse una segunda edición, revisada por el autor, publicada en Hamburgo en 1869 por Otto Meissner bajo el título definitivo por el que la conocemos hoy y añadiendo un prólogo. Sus destinatarios naturales, los trabajadores franceses, recién pudieron acceder a una versión en su lengua en 1891 cuando la época de Luis Napoleón era ya un recuerdo. A lo largo de esa misma década aparecieron traducciones al italiano, al inglés y al ruso, como consigna Tarcus.¹⁵

Estados

Una tercera distancia significativa de **El Dieciocho Brumario** respecto del **Manifiesto Comunista** reside en que el primero enriquece en sus desarrollos la elemental definición que el último ofrecía del Estado. Es cierto que un manifiesto no exige los rigores analíticos de un tratado, pero Marx y Engels habían entendido en 1848 que "el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa".¹⁶ El término original para "junta" (*Ausschuss*: también comisión, comité, consejo, comisión) posee asimismo la connotación de resto o desecho. La finalidad política de la elección léxica estaba plenamente lograda: el Estado y su gobierno eran algo despreciable, residual; en el plano analítico, en cambio, revela una simplificación excesiva.

Porque si algo demuestra **El Dieciocho Brumario** es que el Estado escenifica un territorio de lucha por la hegemonía entre los bandos en los que se dividen los dominadores, además de una concentración de fuerza represiva contra el trabajo. El término Estado designa un campo complejo y poblado, al menos en este libro, por una burguesía fragmentada cuyos "negocios" (*Geschäfte*) no se dejan administrar dócilmente en beneficio de toda esa clase. Sus diferentes fracciones buscan, además de ganancias, influencia en la dirección política del aparato estatal para asegurar su dominio no sólo sobre el proletariado, sino sobre los adversarios dentro de su misma clase.¹⁷ De algún modo, el relato de **El Dieciocho Brumario** desmiente en este punto la demasiado contundente, muy efectiva, aunque imprecisa definición del **Manifiesto Comunista**.

13 El reciente estudio comprensivo de Christofer Clark sobre esas rebeliones es: **Revolutionary Spring: Fighting for a New World, 1848-1849**, Londres, Allen Lane, 2023, exhaustivamente reseñado por Neal Archenson, "Kings Grew Pale", en **London Review of Books**, n° 11, vol. 45, junio de 2023, disponible en <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v45/n11/Neal-Ascherson/kings-grew-pale>, de donde proviene la cita.

14 Se puede tomar en consideración, sin embargo, el célebre pasaje donde, para establecer las diferencias entre las dos fracciones que constituían del "partido del orden" afirma que sobre "Sobre las diferentes formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar". Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, III, p. 103. Este es uno de los textos sobre el que se edificó la leyenda del reduccionismo economicista del pensamiento de Marx.

15 Horacio Tarcus, "Imaginario de la revolución. Una invitación a la lectura de **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**", *op. cit.*, pp. 29-30.

16 Karl Marx y Friedrich Engels, **Manifiesto Comunista**, p. 82.

17 Karl Marx y Friedrich Engels, **Manifest der Kommunistischen Partei**, Berlín, Dietz Verlag, 1988, p. 46.

Esa versión "minimalista" (o reduccionista) del Estado postulada en 1848 es corregida cuatro años más tarde cuando Marx pone de relieve la enorme dimensión que, al menos en Francia, adquirió la institución: medio millón de funcionarios (que con sus familiares elevan el número) y otros tantos militares sostenidos y dirigidos por ella. Un vasto personal (multiplicado por sus dependientes familiares) consagrado a "tutelar" la sociedad civil en todos sus aspectos llegando incluso a afectar la "existencia privada" de los individuos. Se trata de un cuerpo centralizado caracterizado por "una ubicuidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimientos y una elasticidad" cuyo correlato es "el auténtico cuerpo social [*Gesellschaftskörper*]" subordinado a él debido a su falta de forma propia.¹⁸

Más adelante, Marx considera al Estado francés como una herencia de la monarquía absoluta y lo define como una "compleja y artificiosa maquinaria", lo compara con una "fábrica" a la vez que lo califica de "organismo parasitario" (lo que evoca la connotación de exceso residual contenida en la expresión *Ausschuss* utilizada en 1848).¹⁹ La propia existencia del Estado francés genera una fricción con el régimen democrático del país. Estado y democracia son términos opuestos, parece sugerir Marx. Y son los avatares de esta característica estructural, a la que por supuesto se le suman otros elementos, lo que relata en su libro.²⁰

Filosofía

En su estudio introductorio, Clara Ramas sitúa a **El Dieciocho Brumario** en el contexto cultural de la crisis de la modernidad. Luis Bonaparte no sería sino una figura del declive de la civilización burguesa, una figura grotesca, propia de la época, y el libro de Marx que busca comprenderlo, "es quizá su obra más posmoderna". Dicha obra, aclara, ha dado lugar a interpretaciones múltiples: "desde la teoría del Estado, la historia económica, la sociología, los estudios culturales y de discurso, o la filosofía".²¹ Es precisamente desde este último encuadre que Ramas realiza su lectura.

18 Karl Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, IV, p. 119; Karl Marx, *Der Achtzehnte Brumaire des Luis Bonaparte*, Berlin, Dietz Verlag, 1974, p. 59.

19 Karl Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, VII, pp. 186-187.

20 Para una ampliación del tema véase Bob Jessop, "The Autonomy of the State? The Political Scene and the Politics of Representation: Periodising Class Struggle and the State in the *Eighteenth Brumaire*", en Crowling Mark y Martin James, *Marx's Eighteenth Brumaire. (Post) modern Interpretations*, Londres, Pluto Press, 2002. Disponible en <https://www.jstor.org/stable/j.ctt18fs6hn>

21 Clara Ramas San Miguel, "Introducción" a Karl Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, op. cit., p. 44.

Analiza, por ejemplo, la dimensión teórica de la famosa frase hegeliana que da inicio al texto de Marx remitiéndola a su fuente, las **Lecciones sobre Filosofía de la Historia** donde Hegel plantea la necesidad de la repetición de los acontecimientos para que logren adquirir consistencia puesto que, como sostiene un dicho popular alemán que Hegel evoca: *Ein Mal ist kein Mal*, una vez es ninguna vez.

Según recuerda Ramas, en el capítulo de aquellas **Lecciones** donde se estudia el mundo romano, Hegel también advierte la emergencia de la política como factor decisivo del drama histórico. Ya secularizada, la narración había desplazado la noción de destino que orientaba la comprensión de los acontecimientos en las civilizaciones precedentes. Según la filosofía de la historia hegeliana, además, la reiteración de los hechos políticos constituye el mecanismo que permite consolidar una línea progresiva: "Hegel considera que solo la repetición sanciona la realidad efectiva de un evento. Cualquier suceso es una particularidad, pero un suceso repetido es el comienzo de una tendencia".²²

En Marx, como en Hegel, la política se organiza como una escena teatral; en ella se *representa* (vale decir, se presenta otra vez) el drama de la vida colectiva, afirma Ramas. Esa representación puede ser heroica o ridícula. La apelación a la república romana de los actores de 1789 fue un recurso inspirador y legitimador de una gesta; la de los actores bonapartistas de mediados del siglo XIX a ese proceso revolucionario resultó en cambio una mala comedia. Ello se debe al agotamiento de la potencia subversiva del mundo burgués. De acuerdo con Marx, concluye Ramas, la revolución anticapitalista debía separarse "alegremente" del pasado para evitar tanto la tragedia como la farsa.

Sobre la base de todas esas consideraciones la autora ilumina una serie de poéticos pasajes de **El Dieciocho Brumario** cargados de contenidos histórico-filosóficos. En su opinión, dichos pasajes no son ex-cursos ni ornamentos retóricos: son ideas. Ellas van dirigidas a desnudar las limitaciones esenciales de la república burguesa y su falsa pompa igualitarista y universal que encubre el efectivo dominio del capital sobre el trabajo. Marx consideraba que la república burguesa no es un proyecto inacabado, sino impracticable puesto que "es intrínsecamente inestable o es imposible como forma permanente: está perpetuamente amenazada bien por una involución autoritaria, bien por una sacudida revolucionaria".²³ Marx no ve otra alternativa que una revolución social radical puesto que, como infiere Ramas, para él la república en condiciones capitalistas "no puede coincidir con su concepto".²⁴

22 *Ibidem*, pp. 49 y 50.

23 *Ibidem*, p. 68.

24 *Ibidem*, p. 68.

La burguesía percibió que todos los valores que había desplegado contra el absolutismo ahora se volvían contra ella y conducían al socialismo. Se mostraba estructuralmente incapaz de trasladar los principios republicanos del Estado al nivel de la sociedad civil porque eso estaría llamado a señalar el fin de su dominación. Ello la llevó a tolerar una dictadura como la de Luis Bonaparte que, aunque la desplazaba del poder político, la validaba a nivel económico y confirmaba su privilegio social. Resultaba imposible que una clase animada por esos estrechos fines escribiera una historia épica. Lo que lograría forjar fue más bien una caricatura de sí misma. De la deformidad de su adversario, de su incapacidad para conducir el proceso social, subraya Ramas siguiendo el razonamiento de Marx, las fuerzas de la revolución debían adquirir un nuevo impulso para hacerse del liderazgo de ese proceso y reorientarlo hacia otros fines políticos.

Bonapartismo

Los distintos intentos de resolución de la crisis del régimen político del Estado francés organizan la narrativa de **El Dieciocho Brumario**. El desenlace será el establecimiento de otro régimen, que será luego conocido como *bonapartista* — un término no empleado en el libro— en honor al individuo que lo gestó y encabezó, Luis Bonaparte, una especie de rey idiota contra el cual Marx no ahorra ironías ni muestras de desprecio. Tenía muchos motivos para adoptar semejante actitud puesto que se trataba de un oportunista ambicioso, un aventurero corrupto y un personaje sin otro horizonte que el de conquistar y mantener su poder personal a cualquier precio. Pese a toda su vacuidad individual, Luis Bonaparte jugó un gran papel histórico, puesto que inauguró la forma moderna de un régimen al que logró consolidar y gobernar durante dos décadas. Desde la perspectiva de Ramas, que se acaba de reseñar, no representa sólo la estrechez de miras de una clase dominante que permitió que ascendiera al poder, sino las limitaciones de toda una época.

El Dieciocho Brumario contiene un pasaje célebre donde se afirma que los hombres hacen la historia pero en el contexto de circunstancias no libremente elegidas, sino heredadas, que los limitan.²⁵ Pero un asunto central del libro consiste en desentrañar de qué manera Luis Bonaparte crea para sí circunstancias favorables con el fin de acaparar poder y desplazar de la escena a todas las demás fracciones y personajes, incluyendo a los poderosos generales. En cierto modo se autonomiza de algunas circunstancias heredadas que lo limitaban. Eso resulta peculiar porque Marx lo caracteriza como un personaje muy mediocre. Su único capital es su parentesco con Napoleón y las ilusiones que

esta figura proyecta en el imaginario francés, en particular entre el campesinado parcelario que debía su propiedad a las reformas que Napoleón había implementado desde el poder. Luis Bonaparte explota esas ilusiones a su favor. Entre otras coincidencias deliberadas para acercar su figura a la de su tío da su golpe de estado un 2 de diciembre, aniversario de la épica batalla de Austerlitz de 1805.

En la primera edición de su libro Marx profetiza que Luis Bonaparte acabaría por auto-investirse como emperador, al igual que hizo su tío Napoleón tras el golpe del 18 Brumario del año VIII (ocurrido el 9 de noviembre de 1799; se coronó en el año X, *i.e.* en 1804).²⁶ Se felicita de ese acertado augurio en el prólogo para la segunda edición de 1869. También había pronosticado en su versión de 1852 que “el sobrino del tío” iba a arruinar la economía. Pero en realidad, y eso era muy patente para la fecha en que Marx redactó aquel prólogo, durante los veinte años que Luis Bonaparte se mantuvo en el poder Francia conoció un florecimiento económico único y una enorme proyección mundial como potencia militar y colonial en Asia, África y Latinoamérica.²⁷

Además, en este período de afirmación y prosperidad del Segundo Imperio, cuya duración superó a la del napoleónico, la situación internacional adquirió un relieve decisivo, algo ausente durante el ascenso y consolidación del poder de Luis Bonaparte. El contexto europeo en particular también jugó un papel preponderante en su debacle causada por la derrota militar sufrida ante Prusia en 1871, lo que daría lugar a otra sublevación proletaria, más radical que cualquiera de las anteriores, conocida como la Comuna de París, otra vez sangrientamente aplastada. Sobre ella Marx escribió un libro, **La guerra civil en Francia**, publicado en 1871 al calor de los acontecimientos como sus otros ensayos consagrados a la historia del país.

Aunque *bonapartismo* es un término que Marx no utiliza como tal en **El Dieciocho Brumario**, en el prólogo de 1869 deplora que continúe en uso la noción de *cesarismo*.²⁸

26 Dicho sea de paso, y como Tarcus y Ramas aclaran en sus trabajos introductorios, fue Engels, en una carta a Marx desde Manchester, escrita días después del golpe de Estado de Luis Bonaparte (que algunas ediciones suelen reproducir, incluida la de Ramas), quien sugirió el irónico paralelismo entre ese acontecimiento y el golpe de Napoleón que desplazó al Directorio de la Primera República.

27 En el último párrafo del libro, Marx asegura que Luis Bonaparte “lleva al caos a toda la economía burguesa”. Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, VII, p. 202.

28 En efecto, en 1869, Marx lamenta que aún siga vigente el término *cesarismo* para denominar regímenes del tipo que encabezó Bonaparte. Lo considera anacrónico, puesto que deriva de una sociedad esclavista y no moderna donde el proletariado tiene otra significación. El reproche no carece de fundamento aunque tampoco es del todo justo si consideramos la cantidad de citas romanas, e incluso bíblicas, a las que Marx apela para ilustrar diversos episodios que analiza en su libro. Las analogías históricas no implican necesariamente una simetría social. A menudo sólo aspiran a aumentar la eficacia explicativa, aunque se podría argüir que valen apenas como iluminaciones sin pretender convertirse en categorías conceptuales. Gramsci, como se verá más

25 Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, I, p. 61.

"Bonapartismo" fue sin embargo una noción a la que recurrió en la obra periodística que produjo en los años siguientes a los de la primera publicación del libro. Más tarde, Engels apelaría a ese término para describir la anatomía del poder de Bismarck. Bonapartismo refiere a un régimen impersonal que se apoya en determinados grupos sociales para disciplinar al conjunto de la sociedad neutralizando así sus conflictos y erigiéndose como árbitro entre las clases y fracciones de clases en conflicto. Ese individuo carismático logra de este modo una autonomía relativa respecto de los intereses dominantes a partir del comando del poder ejecutivo y cancelando o eclipsando al legislativo.²⁹ La elevación de Luis Bonaparte se vio favorecida por el fuerte presidencialismo francés, según podemos inferir de un pasaje donde contrapone sus atribuciones y su legitimidad a la fragmentación y al carácter "metafísico" de las funciones y la representación de la Asamblea Nacional.³⁰

El poder bonapartista es producto de una *impasse* puesto que ninguna de las clases fundamentales logra imponer su control sobre la sociedad o, en el caso de la burguesía, tampoco consigue dirimir sus enfrentamientos internos que derivan primero en una crisis parlamentaria y luego en una crisis social general. El líder bonapartista concentra entonces el poder estatal, se erige en representante directo de la nación y puede obrar como un factor de equilibrio frente a los conflictos mientras conserve el poder.

Pero su carácter mediador entre las clases fundamentales en pugna (o entre las luchas de las fracciones de la dominante) se asienta sobre determinados sectores; no "está suspendido en el aire", como remarcó Marx.³¹ Luis Bonaparte se respaldó en el lumpenproletariado, en el enorme funcionariado estatal, y sobre todo en el campesinado devoto de su tío Napoleón —la clase más numerosa de la sociedad francesa del momento— así como también en el ejército, cuya

base fue campesina y ahora es lumpen, según afirma en **El Dieciocho Brumario**.³²

Aunque no representara directamente a la burguesía ni estuviese sometido a ella políticamente, la finalidad última de ese régimen era mantener la preeminencia del capital y la de sus intereses materiales sobre la sociedad —asegurar la "tranquilidad" necesaria para reproducirlos y ampliarlos— sin descuidar sus propias pretensiones particulares como parte del estamento político. La autonomía del bonapartismo puede dar lugar también a una política exterior expansionista, como fue el caso bajo el Segundo Imperio, a veces también como recurso de salida política a una crisis interna ocasional.

Democracia

La génesis del poder del hombre cuyo singular régimen Marx bautizó con su apellido —bonapartismo— derivó de un doble fracaso. Por un lado, el del proletariado por imponer su hegemonía; por el otro, el de la burguesía por afirmar su dominio político directo y concertado mediante un régimen constitucional. **El Dieciocho Brumario** señala la primera ocasión en la que Marx se enfrenta como autor con los avatares de una democracia; pero es una democracia que naufraga y deriva en un gobierno dictatorial que la disuelve.

El libro parece concluir que la democracia no es un régimen compatible con el Estado capitalista y que la burguesía, incapaz de resolver sus disputas internas, se ve impelida a autodestruir su propio poder político y delegarlo en un aventurero eficaz para asegurar su poder social.³³ Marx incluso se interna en un análisis constitucional para dejarlo más claro. Las reglas del derecho constitucional no podrían salvar por sí mismas al régimen de la burguesía de la dinámica que adquiere la confrontación de intereses dentro de la propia clase dominante. La cuestión anticipa uno de los dilemas que más tarde animaron la discusión jurídica durante la república de Weimar: ¿puede una constitución defenderse a sí misma en períodos de crisis extrema? La de Francia parece impotente; había delineado una república cuya crisis sólo fue capaz de ser superada por otro tipo de régimen.

adelante, no renuncia a hablar de cesarismo (no pareciere deberse, en esta ocasión, a la censura a la que lo obligó la prisión fascista). Por otro lado, y con las reservas que cada caso exige, el vocabulario político, no sólo el marxista, sigue usando voces de la antigüedad como imperio, democracia, república, dictadura, etc. ¿No habla Marx en el mismo pasaje de *proletariado* romano, por mencionar una categoría social y no política? Además, poco antes de firmar su prólogo, si bien no en un texto destinado a la publicación sino en una comunicación privada, Marx le comenta a Engels que está leyendo en griego el libro de Apiano sobre las guerras civiles romanas y le dice que Espartaco (un esclavo, cuyas virtudes militares contrasta con las de Garibaldi, líder de la república romana que Bonaparte fue a sofocar) es "el real representante del proletariado de la antigüedad". Carta del 27 de febrero de 1861 disponible en https://www.marxists.org/archive/marx/works/1861/letters/61_02_27-abs.htm

29 Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, VII, pp. 187-188. En un apartado de su "Introducción" subtítulo "Las aporías de la soberanía", Ramos ofrece un conjunto de precisos comentarios sobre las tensiones estructurales entre los poderes republicanos que Marx pone de relieve en su libro y que conservan plena validez para el análisis de la crisis de las democracias contemporáneas.

30 *Ibidem*, II, pp. 82-84 y III, p. 97.

31 *Ibidem*, VII, pp. 187-188.

32 Para un rápido panorama de la economía y de la compleja estructura de clases francesa del momento, véase Mike Davies, "La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848", *op. cit.*, pp. 65-69.

33 "De este modo la burguesía francesa se veía forzada, por su situación de clase, a destruir las condiciones de vida de cualquier Poder Parlamentario, incluido, por tanto, el suyo propio, y, por otra parte, a volver irrefrenable el Poder Ejecutivo hostil a ella". *Ibidem*, IV, pp. 119-120; véase también IV, p. 124 y VI, p. 167 donde aclara que las disputas políticas internas de la burguesía sólo perturbaban sus intereses privados. Más adelante describe la hostilidad de la burguesía hacia sus propios representantes parlamentarios, e incluso intelectuales, a los que acaba persiguiendo para sorpresa general. *Ibidem*, VI, pp. 168-169.

Su funcionamiento constitucional real había generado un laberinto del que apenas pudo escapar por un acto de fuerza del que surgió un gobierno autoritario que la anuló.

Una de las lecciones heredadas de las revoluciones de 1848 fue que el pueblo movilizado pugnaba por desplazar a los representantes para hacerse él mismo cargo del poder parlamentario, algo que el ala liberal no podía tolerar. De manera que este sector, al menos en Francia, se convirtió en uno de los que clamaba por una represión drástica a las masas insurgentes y logró su propósito en las masacres de junio de aquel año. Cuando aún publicaba la **Neue Rheinische Zeitung** en su país, Marx proponía una alianza entre los trabajadores y los demócratas radicales. Más tarde, en el **Manifiesto comunista**, planteó la idea de apoyar a la burguesía cuando ella actuara de a favor de la revolución. Pero desechó esa concepción tras los trágicos sucesos de junio para inclinarse por una organización independiente de los trabajadores.

El Dieciocho Brumario implica una radicalización política en el ideario de su autor. En las elecciones por sufragio universal (masculino) de diciembre de 1848, Luis Bonaparte se impuso al candidato liberal, un general que había sido el "carnicero de los trabajadores" de junio (e hijo de uno de los regicidas de la Revolución Francesa). Las ilusiones que abrigaba Marx acerca de una revolución democrática en alianza con sectores burgueses progresistas quedaron definitivamente descartadas tras los eventos de junio y la proyección de aquella candidatura. Por lo demás, habían sido los propios conservadores quienes se encargaron de desplazar a aquellos liberales del juego político, como registra en su libro.³⁴

La república burguesa se fundaba sobre la represión obrera y consagraba el poder del capital, aunque, como se demostraría con el ascenso de Luis Bonaparte, sería un poder que acabó asentado, paradójicamente, en una dictadura forjada a expensas del poder político de la burguesía.³⁵ Bonapartismo terminó siendo una categoría que describía el esquema de dominio de toda una época; no sólo el régimen que se erigió en un país particular, sino "la forma moderna del Estado", como escribió Engels más tarde. Luis Bonaparte, Napoleón III tras su coronación, fue protagonista de un episodio particular, que continuaría vigente durante largos años, pero del que se derivó una noción general: el bonapartismo. La historia brindó, como otras veces, un servicio al arsenal conceptual de la política.

Del bonapartismo al populismo

En su prólogo de 1869 a **El Dieciocho Brumario** Marx expone, como se anticipó, un argumento histórico y sociológico contrario al uso del término cesarismo, surgido hacia la época en que escribe. Su reproche acaso no resulta del todo convincente. Pero aquel concepto gozó de preeminencia por sobre el de bonapartismo en la literatura política posterior y fue adoptado, entre otros estudiosos alemanes, por Max Weber, como recuerda Tarcus en su introducción. También Antonio Gramsci lo empleó en sus **Cuadernos de la cárcel**. Allí lo define como el desenlace de un equilibrio potencialmente catastrófico entre dos fuerzas sociales. Era posible, señala Gramsci, que ninguna de ellas lograra vencer a la otra y que una tercera terminara prevaleciendo y aportando una solución arbitral protagonizada por un personaje "heroico" cuyo carácter político podía revestir un carácter progresivo o regresivo dependiendo del momento histórico particular. Napoleón I fue progresivo, su sobrino fue en cambio regresivo; uno encarnaba la revolución mientras que el otro, si bien con algunos matices, representaba la restauración.

De acuerdo con Gramsci, la sociedad del siglo XX se había complejizado mucho desde los tiempos de Napoleón III y la gran intervención militar no siempre iba a protagonizar el advenimiento del cesarismo (la policía se había vuelto capaz de suplantarla sembrando el miedo en el mundo sindical y político). Además, en ciertas circunstancias, las fuerzas en pugna podrían lograr una unificación que volviera innecesario el recurso a un árbitro.³⁶

En su introducción a **El Dieciocho Brumario** Tarcus refiere diferentes usos de bonapartismo entre otros marxistas así como en escritores no afiliados a esa corriente. Entre los primeros, destaca a León Trotsky, quien recuperó el concepto en sus análisis del camino al fascismo y al nazismo y, más tarde, durante su exilio mexicano, lo empleó para definir al gobierno de Lázaro Cárdenas, quien lo recibió como refugiado cuando ningún otro país le otorgaba una visa de residencia.

En Trotsky, como en Gramsci, se hace una diferencia entre un bonapartismo (o cesarismo, en la terminología del segundo) reaccionario y otro progresivo. Trotsky, en su interpretación de la Europa que se precipitaba a la Segunda Guerra, sigue la senda de Marx al considerar que la democracia burguesa no se puede sostener debido a las tensiones que la lucha de clases y, en particular, como se detalla en la narrativa de **El Dieciocho Brumario**, por los enfrentamientos entre los sectores dominantes.

34 *Ibidem*, II, 90. La corriente que todavía albergaba esperanzas en esa alianza interclasista fue la socialdemócrata, contra la que Marx lanzó una crítica demoleadora. *Ibidem*, III, p. 106-107.

35 Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, I, pp. 74-75; para una concisa cronología del propio Marx sobre esta fase de la historia que relata, véase *Ibidem*, III, p. 95 y ss.

36 Antonio Gramsci, **Quaderni del carcere**, Torino, Einaudi Editore, 1975, al cuidado de V. Gerratana, III, pp. 1619-1622. También pp. 1680-1681 donde aclara otros matices sobre el cesarismo progresivo. En las pp. 1608 menciona al pasar bonapartismo y cesarismo como sinónimos. En *Ibidem*, I, p. 769 también se refiere al "cesaro-papismo": "el emperador es también jefe de la religión, si bien el carácter laico-militar predomina en él".

Debido a esos conflictos, advierte Trotsky, aquellos sectores se someten a un régimen bonapartista que no es otra cosa que el prólogo de un desenlace todavía más autoritario, pero también designado bajo el nombre de bonapartismo. De modo que para él habría un bonapartismo pre-fascista y otro ya fascista, el único eficaz porque asegura mayor estabilidad en un clima de desilusión política con la izquierda a la que ese régimen reprime de manera drástica. Este bonapartismo se respalda en el sector más poderoso de la burguesía, pero especialmente en la burocracia y en la fuerza armada, y es claramente reaccionario.

Sin embargo, en sus últimos escritos sobre Latinoamérica, la aplicación del término adquiere otros matices, que la acercan a la que había hecho Gramsci muy poco antes. En su nueva aproximación al tema advierte también la existencia de un bonapartismo que puede contener componentes transicionales, progresivos. No está destinado por tanto a desembocar en el fascismo; antes bien, puede favorecer a la condición obrera. Porque busca el apoyo de los trabajadores y los promueve, aunque siempre como una vía para consolidar la dominación burguesa, no para conmovérla. Tal fue el caso del gobierno de Cárdenas en México.

Esta última consideración llevaría a los partidarios de Trotsky en Argentina a considerar bonapartista ya a la primera época del gobierno peronista. Como recuerda Tarcus, incluso la mejor pluma del revisionismo histórico local (según Tulio Halperín Donghi) llegó a titular un estudio sobre el período "La era del bonapartismo". Allí analizaba el ascenso de Perón y su desempeño en el poder. Su autor, Jorge Abelardo Ramos, de origen trotskista, giró hacia posiciones cada vez más próximas al peronismo. Es posible que se haya inclinado por adoptar el término "bonapartismo" compelido también por el decreto de la época de publicación de su trabajo, emitido por la dictadura que derrocó a Perón, que prohibía mencionar al líder. Podemos suponer que Ramos, como de hecho hizo más tarde, hubiera preferido titular su texto con una noción menos críptica para la audiencia a la que se dirigía y utilizar directamente la palabra *peronismo*.³⁷ La anécdota editorial es interesante porque anticipa otro decisivo cambio léxico en los debates sociales que Tarcus, en uno de los comentarios más incisivos de su trabajo, sitúa en los años 1980: el desplazamiento en los análisis políticos del término "bonapartismo" y su reemplazo por el de "populismo".³⁸

37 Horacio Tarcus, "Imaginarios de la revolución. Una invitación a la lectura de **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**", p. 44, n. 78. La primera edición del libro de historia argentina de Ramos es de 1957 y en él incluye un capítulo que titula como bonapartista el régimen que se inicia en 1943 con un golpe de Estado, prólogo del peronismo. Recién cuando lo publica como volumen independiente en 1974, según señala Tarcus, titula el texto como **La era del peronismo**.

38 Horacio Tarcus, "Imaginarios de la revolución. Una invitación a la lectura de **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**", *op. cit.*, p. 44. Ramos también hace una elíptica referencia a la teoría del populismo de Laclau en un apartado de su "Introducción" titulado "Bonapartismo ¿populista? Lumpenproletariado y campesinado". Aunque sin referirse directamente a ningún proceso fuera del que analiza Marx, enfatiza el carácter de

Esa sustitución es a la vez evidente y curiosa. Mientras que *bonapartismo* fue un término aplicado para un amplio espectro de fenómenos políticos —los empleos que hizo Trotsky son apenas un ejemplo entre muchos—, todos ellos respondían a un esquema más o menos estructurado. Dicho modelo describía el surgimiento de un líder carismático en el contexto de una grave crisis política que buscaba respaldos armados y populares, así como soportes sociales burgueses que delegaran en él la administración de una crisis para que la equilibrara y al mismo tiempo asegurara el dominio de esa clase. Ella cedía el poder político al líder puesto que no podía solucionar sus enfrentamientos internos y temía la insurrección proletaria. El análisis siempre se basaba en términos de clase.

En cambio, el término populismo resulta mucho más lábil. Se lo ha definido de múltiples maneras. Y tiene una historia mucho más diversa que se remonta a la segunda mitad del siglo XIX. Su emergencia en parte se superpone temporalmente con el bonapartismo, aunque sin contacto alguno con este fenómeno. Surgió en dos polos geográficos no comunicados que serían, durante el "corto siglo" siguiente, los protagonistas de la política mundial: EE. UU. y Rusia, países en los que, dicho sea de paso, Marx concentró su atención hacia el final de su vida. Se trataba de dos naciones gobernadas por regímenes muy distintos. Uno era una república en consolidación, la democracia liberal más antigua del mundo que salía de una terrible guerra civil e iba en camino a proyectarse como la principal potencia capitalista mundial. El otro era un despotismo anacrónico que comenzaba su camino hacia la crisis terminal pero de la que surgiría la primera revolución proletaria triunfante de la historia.

En EE.UU. el populismo tuvo un despliegue conflictivo. Se organizó en partidos, sobre todo rurales, y se alzó contra los poderes establecidos que oprimían a sus bases. En el otro extremo tuvo una dimensión social y una naturaleza cultural más complejas. Fue protagonizado por intelectuales que se volcaban hacia los campesinos y revalorizaban sus tradiciones tratando de reinterpretarlas políticamente en un sentido progresista. En el primer caso dio origen a caciquismos electorales; en el segundo, a un curso de acción que fue absorbido por el marxismo metropolitano. En EE. UU. el populismo ganó proyección urbana mientras que en Rusia no siguió el mismo periplo y se acabó disolviendo en otros movimientos. Después de la Segunda Guerra Mundial el populismo adquirió distinto carácter en otras geografías. Fue una variante burguesa y popular del antiimperialismo en el llamado Tercer Mundo, líderes como el argentino Juan D.

la figura de Luis Bonaparte como un "significante vacío", un concepto proveniente de Laclau que ve claramente anticipado, en otros términos pero con toda razón, en las páginas de **El Dieciocho Brumario** puesto que, en la visión de Marx, Luis Bonaparte, por su banalidad personal, y también gracias a ella de ella, personificaba todo y nada al mismo tiempo para el pueblo francés al que consiguió encarnar.



Perón o, más tarde, el egipcio Gamal A. Nasser fueron quizá sus representantes más reconocidos en el siglo XX.

En un contexto de hegemonía neoliberal, el término populismo llegó a significar en la Sudamérica de nuestra época la manera de designar a gobiernos calificados de izquierda. Las derechas vernáculas los despreciaban puesto que un gasto público sin medida generaba inflación, estancaba la economía del país donde se lo dejaba correr, obligaba después a aplicar medidas distorsivas en el mercado nacional y, en consecuencia, lo cerraba a la benéfica globalización financiera global. Estaba, siempre según sus críticos, encabezado por dirigentes demagógicos que surgían favorecidos por términos de intercambio beneficiosos e impulsaban políticas de redistribución. No contribuían realmente al sano crecimiento de las economías ni a su virtuosa inserción internacional mientras deterioraban el funcionamiento de las instituciones amenazando la salud de las repúblicas.

Este populismo izquierdista, predominante durante un período en el hemisferio sur americano, compartía con el populismo de derecha noratlántico un discurso contrario a las élites y un espíritu nacionalista. Pero esta última variante del populismo poseía rasgos diferenciadores puesto que enfatizaba el tono identitario, se involucraba en guerras culturales combatiendo las políticas de género e intensificaba posiciones muy hostiles hacia la inmigración y el estatismo. Su nacionalismo era excluyente, anti izquierdista y absolutamente hostil a la inmigración, aunque no cuestionaba la hegemonía económica neoliberal.

Al mismo tiempo circularon muchos otros intentos de definición de populismo aparte de los que aportaban visiones basadas en sus posiciones más o menos cercanas u opuestas al liberalismo globalista. Dichos intentos idealizaron un modelo democrático y lo vaciaron de proyección histórica y social. Al mismo tiempo, subestimaron la crisis en la que éste se hallaba inmerso en Occidente y de la que se derivaron reacciones de todo tipo. Estas diversas respuestas a la crisis se agruparon bajo la etiqueta de "populismo". Como concluyó Marco D'Éramo, esa categoría nunca logró ser definida con claridad y se aplicó a una interminable serie de episodios.³⁹ Ese abanico de descripciones tornó difícil la discusión, puesto que al final se acusaba de populismo a cualquier movimiento político que se quisiera desacreditar, ya sea por sus manejos políticos, ya por su orientación económica. El abuso retórico de la etiqueta agrega, en el mejor de los casos, mucha complejidad al análisis del concepto; en el peor, acaba por volverlo inútil, parte del discurso polémico descalificador, carente de un contenido estable.

La polisemia de la categoría "populismo" no podría ser más amplia. La variedad de fenómenos empíricos que puede abarcar se vuelve incalculable. Como se halla signada

por la batalla política de nuestro tiempo, parece inútil esperar una definición unívoca. Quizá por eso el intento de conceptualización que triunfó ante semejante caos conceptual fue uno que trascendió los contenidos y se concentró en características formales recurriendo para ello a nociones lingüísticas y psicoanalíticas.

Ernesto Laclau hizo del populismo una *forma* de acumulación de voluntades políticas, un punto de concentración de demandas diversas. Ese punto está vacío y se llena a partir de retazos de discursos reivindicativos; es un imán que atrae, y al mismo tiempo reduce y simplifica, la complejidad de las protestas sociales, de cualquier tipo que sean. Es, como intuyó Marx en la persona de Luis Bonaparte (y subrayó Ramas), una figura que en sí misma no significa nada y significa todo. Pero Laclau ofrece una teoría de la génesis del populismo en camino a la hegemonía y no de su gestión una vez en el poder. Su teoría rehúye una calificación política. El populismo puede adoptar cualquier programa, popular o antipopular.

Laclau fue un estrecho colaborador de Jorge Aberlardo Ramos mientras vivió en su nativa Argentina y guardó por él un aprecio constante. Se podría decir que, al menos en parte, su teoría sublimó la apasionada defensa del peronismo de su mentor político. Aunque la adhesión personal de Laclau a los populismos de izquierda era palmaria, como teórico ofreció un marco para explicar tanto la emergencia de dirigentes sudamericanos como Lula o Kirchner como para la de las extremas derechas europeas. Su mérito deriva de esa amplitud; su desventaja reside en lo mismo. Al carácter formal de esta aproximación teórica se le puede reprochar un vaciamiento social del término populismo. El análisis de clase vigente en la noción de bonapartismo parecía superado de acuerdo con esta visión.

En contraste, todo el andamiaje analítico de **El Dieciocho Brumario** se concentra en la interpretación clasista de las fuerzas sociales que subyacen al fenómeno político que estudia. La lucha de clases, y especialmente la lucha interclasista, un aspecto muchas veces subestimado en las interpretaciones políticas de la izquierda contemporánea, constituyen el eje de la perspectiva que ofrece el libro. La vigencia general del tema que aborda es innegable; una revisión del paisaje político que describe a partir de una puesta a punto de sus conceptualizaciones para los conflictos del presente precisa un esfuerzo de actualización. ¿Estará la izquierda a la altura del desafío en momentos en que sólo parecen prosperar sus adversarios?

39 Marco D'Éramo, "Populism and the New Oligarchy", en *New Left Review*, n° 82, t. II, julio-agosto de 2013, Londres, pp. 5-28. Disponible en <https://newleftreview.org/issues/ii82/articles/marco-d-eramo-populism-and-the-new-oligarchy>

Referencias bibliográficas

- Archenson, Neal, "King Grew Pale", en *London Review of Books*, n° 11, vol. 45, 1 de junio 2023. Disponible en <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v45/n11/neal-ascherson/kings-grew-pale>
- Jessop, Bob, "The Autonomy of the State? The Political Scene and the Politics of Representation: Periodising Class Struggle and the State in the **Eighteenth Brumaire**", en Crowley Mark y Martin James, **Marx's Eighteenth Brumaire. (Post)modern Interpretations**, Londres, Pluto Press, 2002. Disponible en <https://www.jstor.org/stable/j.ctt18fs6hn>
- Davies, Mike, "La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848", en *New Left Review*, n° 93, t. II, Londres, Julio-Agosto de 2015. Disponible en <https://newleftreview.es/issues/93>
- D'Eramo, Marco, "Populism and the New Oligarchy", en *New Left Review*, n° 82, t. II, julio-agosto de 2013, Londres, pp. 5-28. Disponible en <https://newleftreview.org/issues/ii82/articles/marco-d-eramo-populism-and-the-new-oligarchy> (hay trad. cast.: "El populismo y la nueva oligarquía", en *New Left Review* (en español), n° 82, t. II, setiembre-octubre de 2013, pp. 7-40. Disponible en <https://newleftreview.es/issues/82>
- Fernández Vega, José, "Un trabajo para Sísifo", en *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, n° 51, año 26, julio-diciembre de 2017, pp. 126-129. Disponible en <http://dx.doi.org/10.20983/noesis.2018.2.8>
- Gramsci, Antonio, **Quaderni del carcere**, Torino, Einaudi Editore, 1975, 4 vols., (al cuidado de V. Gerratana).
- Hobsbawm, Eric, **La era del capital, 1848-1875**, Buenos Aires, Crítica, 1998.
- Leonard, Spencer A., "Introduction: 1848 and the Consolidation of Marx and Engels' Marxism", en Marx Karl y Engels Friedrich, **Marx and Engels on Bonapartism. Selected Journalism, 1851-1859**, Lanham (Maryland), Lexington Books, 2023, edited by Spencer A. Leonard.
- Marx, Karl, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, trad. Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS a partir del texto de la segunda edición (Hamburgo, Otto Meissner, 1969), revisada por Horacio Tarcus y Luciano Padilla López. Introducción de H. Tarcus.
- Marx, Karl, **La guerra civil en Francia**, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1978.
- Marx, Karl, **Der Achtezehnte Brumaire des Louis Bonaparte**, Berlin, Dietz Verlag, 1974.
- Marx, Karl, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**, Madrid, Akal, 2023, traducción y edición de Clara Ramos San Miguel.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, **Manifest der Kommunistischen Partei**, Berlin, Dietz Verlag, 1988.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, **Manifiesto comunista**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, trad. Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS, introducción de Eric Hobsbawm y notas de H. Tarcus.
- Vilar, Pierre, "Marx y la historia", en VV. AA., **Historia del marxismo I. El marxismo en tiempos de Marx**, Barcelona, Bruguera, 1979, dir. de la trad. Josep M. Colomer, pp. 113-161.

After bonapartism. Historical vicissitudes of a political concept

Resumen

Considerada como la obra histórica más importante de Karl Marx, **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte** no sólo ofrece el relato inmediato de un complejo episodio del siglo XIX francés, sino que ha sido reconocida como fuente de originales ideas para la historiografía y la teoría política. En este trabajo se intenta situar el libro de Marx en el desarrollo de sus concepciones señalando algunos temas en los que se distancia de sus visiones previas, por ejemplo aquellas plasmadas, con Engels, en el célebre **Manifiesto Comunista**. En particular, se revisa el alcance de nociones centrales como la de Estado o la de lucha de clases. Asimismo, se relevan los aportes de dos nuevas ediciones en castellano. En los estudios críticos que las acompañan, se hace énfasis en la vigencia de distintas categorías expuestas en **El Dieciocho Brumario**, en particular las nociones de república y de "bonapartismo". Se intenta aquí evaluar esos análisis y desarrollar el itinerario de "bonapartismo", ahora aparentemente sustituido por un amplio uso del término "populismo".

Palabras clave: Bonapartismo; Marx; Historia; Filosofía Política.

Abstract

Considered the most important historical work of Karl Marx, **The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte** not only offers the immediate account of a complex episode of the French 19th century, but has been recognized as a source of original ideas for historiography and political theory. This work attempts to situate Marx's book in the development of his theory, pointing out some topics in which he distances himself from previous conceptions of it, for example those embodied, with Engels, in the famous **Communist Manifesto**. In particular, the scope of central notions such as that of the State or class struggle is reviewed. Likewise, the contributions of two new editions in Spanish are highlighted. In the critical studies that accompany them, emphasis is placed on the validity of different categories set forth in **The Eighteenth Brumaire**, in particular the notions of republic and "Bonapartism." An attempt is made here to evaluate these visions and develop that of "Bonapartism", now apparently replaced by a broad use of the word "populism".

Keywords: Bonapartism; Marx; History; Political Philosophy